

DANIEL DEFOE

La epopeya de un hombre solitario

por Emilio Pascual*



Comerciante pequeñoburgués, agitador y autor de panfletos políticos, agente secreto, proscrito, periodista y novelista, todo esto fue Daniel Defoe, que ha pasado a la galería de los clásicos por su Robinson Crusoe. Sin embargo, dejó poca huella en sus contemporáneos, quizá porque no estaban preparados para una obra tan actual como Robinson, que el autor escribió cuando contaba ya 60 años y que consideraba, junto al resto de sus novelas, como «trabajos no serios» al lado de sus ensayos, manuales, narraciones de viajes, diarios, estudios, panfletos, etc., a los que dedicó la mayor parte de su vida. El 26 de abril de 1731 moría en una posada londinense ante la indiferencia de la cultura de su tiempo. En este sentido, su vida se podría considerar como la epopeya de un hombre solitario en lucha, no contra la naturaleza como Robinson, sino contra el signo de los tiempos que le tocó vivir.

La vida de Daniel Defoe (1660?-1731), sin ser desorbitada, fue lo suficientemente larga como para conocer seis reyes, un interregno revolucionario —la «Gloriosa Revolución» de 1688—, una peste que borró más de cien mil vidas, un incendio que devoró Londres, un vendaval huracanado que devastó Inglaterra y un fenómeno editorial insólito: la venta, en pocos meses, de 80.000 ejemplares de un extraño libro —previamente rechazado por todos los editores con mejor criterio comercial—, que encima llevaba el fatigoso título de *La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, marinero de York, el cual vivió 28 años completamente solo en una isla deshabitada de la costa de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco; arrojado hasta la orilla por un naufragio, donde todos los hombres perecieron, excepto él; con el relato de cómo fue al final extrañamente liberado por los piratas. Escrito por él mismo.*

No se conoce con exactitud el año del nacimiento de Defoe, aunque sabemos que rondó el 1660. En cualquier caso, su vida se inicia con la Restauración de la monarquía, florece con el primer capítulo de la historia moderna de Inglaterra y se dilata con el advenimiento de la definitiva dinastía Hanover, la misma que ha llegado hasta nuestros días y a la que pertenece la actual reina de Inglaterra.

Marco político

En efecto, el mismo año del nacimiento de Defoe —o uno antes, si nació en 1661 o uno después, si nació en 1659— volvía del destierro Carlos II Estuardo. Se restauraba así la monarquía inglesa, que había quedado interrumpida por la guerra civil de 1642, guerra inaudita en aquel tiempo, si se tiene en cuenta que el enfrentamiento del Parlamento con el rey Carlos I se llevó por delante la cabeza del monarca y dio pa-

so a la dictadura puritana de Oliver Cromwell. Cabe suponer que, pese a las concesiones y entendimientos, a las am-

nistías, al aire tolerante del nuevo soberano y al intento común de olvidar los penosos acontecimientos pasados, Carlos II no miraría con buenos ojos a los puritanos asesinos de su padre. Análogamente, cabe suponer que la familia de Defoe, también puritanos o disidentes, debió de mirar con prevención o al menos con cautela el regreso del Estuardo.

A Cromwell sin duda se le fue la mano en su puritano gobernar, que llegó a una austeridad cuaresmal e incluso al cierre de los teatros. A Carlos II, en su deseo de aprovechar el excedente de represión del gobierno anterior, se le fue la mano en el arte inverso; abrió los teatros, desde luego, pero, recordando el esplendor de Versalles, abrió a la corte a un lujo y desenfreno escandaloso. La lectura del *Diario* de Pepys y el desenfado con que cuenta la irresistible ascensión del hijo de un sastre pueden dar idea del cambio experimentado en la sociedad.¹ Pese a esta política de apaciguamiento, Carlos II no había aprendido la lección cuya ignorancia llevó a su padre al cadalso, y siguió acariciando la tentadora idea del absolutismo. Sólo que el Parlamento había adquirido unos derechos que no estaba dispuesto a dejarse arrebatar, coadyuvado por el auge y afianzamiento de la naciente burguesía. (Y entiéndase *burguesía* en su sentido etimológico, es decir, «la clase que vive en y del burgo o ciudad»; una clase de banqueros, comerciantes e industriales, que por tener en sus manos el dinero, va desplazando a los nobles, a los eclesiásticos y a los militares, quienes tal vez tengan muy azul el grupo sanguíneo y una buena lista de privilegios, pero notablemente poca liquidez).

Montesquieu, el barón francés que escribió las *Cartas persas* y *El espíritu de las leyes*, no nacería hasta 1689, y por tanto aún no había tenido tiempo de decir aquello de que, si todo poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente. La



Dibujo de Oliver Cromwell, que se mantuvo en el poder hasta 1660.



Grabado de 1700, en el que aparece una librería portátil en la que se vendían incluso libros «porno».

política de Carlos II y su sucesor Jacobo II demostró la veracidad del aserto. Su deseo de controlar y dominar el Parlamento —que había sido en definitiva uno de los factores decisivos que ocasionaron la rebelión de 1642— ocasionó la de 1688, la «Gloriosa Revolución». Los parlamentarios más influyentes llamaron al estatúder holandés Guillermo de Orange, que invadió Inglaterra, depuso a Jacobo II y fue coronado rey con el nombre de Guillermo III, no sin antes llegar a un acuerdo con el Parlamento. Cuando se piensa que el catolicismo fanático de Jacobo II —literalmente más papista que el Papa— y su obstinada persecución de los puritanos adquirió caracteres de neurastenia, se comprenderá que Daniel Defoe escribiera un buen montón de panfletos y poemas en defensa de la política del de Orange.

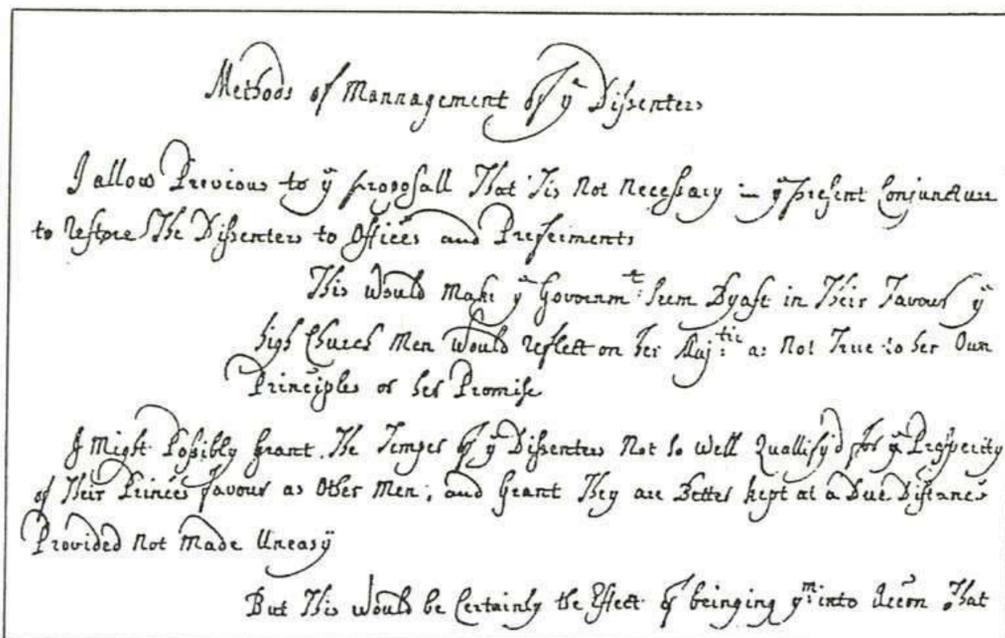
Estas dos revoluciones populares demostraron al menos una cosa: que el tan

traído y llevado «derecho divino» que asistía a los reyes no había tenido suficiente fuerza para impedir la decapitación de un rey (Carlos I), el destierro de otro (Jacobo II) y la aceptación por parte del siguiente (Guillermo III) de una serie de condiciones indispensables para ocupar el trono, a saber: la independencia de la ley frente a la Corona, la libertad de elecciones, la libertad de palabra en el Parlamento, la imposibilidad de arbitrar nuevos impuestos sin la aprobación explícita de las Cámaras, ni de disponer del ejército —convertido ahora en fuerza constitucional— sin permiso expreso del Parlamento... O, dicho sin eufemismos, el Parlamento se había convertido en el dueño único del poder, el triunfo de la clase media —la burguesía— era un hecho consumado, y las tendencias protestantes de los disidentes se reforzaron.

La muerte de Guillermo III en 1702 puso la Corona en manos del último Estuardo: Ana, hija de Jacobo II. Defoe tenía buenas razones para pensar que iba a peligrar de nuevo la seguridad de los disidentes. En lo que no se equivocaba, como a su tiempo se verá. Pero ya en el Parlamento comenzaban a dibujarse dos tendencias, algo así como dos partidos políticos, uno liberal —los *whigs*—, y conservador el

otro —los *tories*—. Los *whigs* eran progresistas y estaban compuestos por los distintos estamentos de la burguesía; los *tories*, clérigos y terratenientes en su mayor parte, eran conservadores. Los unos creían en el Parlamento; los otros en la Corona. Defoe osciló entre unos y otros según las conveniencias y necesidades del momento. En esto, como en otras cosas, su postura fue más práctica que ética.

Ana Estuardo tuvo hijos. Pero a su muerte, ocurrida en 1714, la Corona se encontró sin sucesión, pues todos habían muerto antes que la reina. Con ella feneció la casa de los Estuardos y se produjo el cambio de dinastía. Accedió la casa de Hanover, que ya no podía sino consolidar el régimen político adquirido. De hecho, el cambio de dinastía de 1714 favoreció al partido *whig* más aún que la «Gloriosa» del 88. Por lo demás, la evolución política se vio notablemente sostenida por el despegue económico, el desarrollo del comercio y la industria, la expansión colonial —mentalidad esta que acompaña a Robinson en su isla— y el cultivo de las artes y las ciencias. Siempre será conveniente recordar, siquiera de paso, que a esta época pertenecen algunos de los escritores más memorables de la literatura inglesa. Entre John Milton (1608-1674), el autor del *Paraíso perdido* —que fue secretario de Cromwell y que si Carlos II lo perdonó fue porque para entonces ya era pobre y estaba enfermo y ciego—, y el irlandés Jonathan Swift (1667-1745), el



Retrato de Carlos II Estuardo (a la izquierda). Al lado, uno de los manuscritos, de los más de 500 escritos por el autor de Robinson Crusoe.

imperecedero autor de los imperecederos *Viajes de Gulliver*, no hay que olvidar el citado Pepys, al burlón Samuel Butler (1612-1680), las mordaces sátiras de John Dryden (1631-1700), al comediógrafo William Congreve (1670-1729), el brillante magisterio de Alexander Pope (1688-1744), al multitudinario John Bunyan (1628-1688), cuyo *Viaje del Peregrino* —una especie de *Divina Comedia* protestante, aunque sin la categoría de aquella—, pese a su puritanismo rezagado, fue leído y traducido hasta la saciedad, y al propio Defoe. La época de madurez literaria de Defoe —recordemos que sus novelas, las obras por las que realmente ha pasado a la posteridad, fueron escritas entre 1719 y 1724— coincide con esta época de estabilidad y prosperidad de Inglaterra, como si los orígenes del sistema político actual y el de la novela moderna se hubiesen puesto de acuerdo para dar juntos sus primeros pasos.

El autor

Si no se sabe con absoluta certeza el año de su nacimiento (¿fue en 1659?, ¿en 1660?, ¿en 1661?), tampoco, con rigurosa exactitud, la grafía de su apellido: su padre, carnicero de oficio y de ascendencia flamenca, se llamaba James Foe. Daniel añadió a su apellido la «partícula» nobiliaria francesa *de*: ¿era, pues, Daniel de Foe, o Defoe? Nació en Londres: pero, ¿en qué mes, en qué día nació? No podemos recurrir a la partida de bautismo de Daniel, porque su padre, como muchos otros puritanos, no bautizó a su hijo. Graves autores quieren hacerlo nacer el 30 de septiembre, y no porque haya dato objetivo que avale tal afirmación, sino por razones intrínsecas de suposición literaria: el 30 de septiembre puso Robinson «por primera vez los pies en esta odiosa isla», donde, si el tiempo y la barbarie civilizadora no lo han destruido, aún debe de quedar un poste con la inscripción «Aquí llegué a tierra el día 30 de septiembre de 1659»; el 30 de septiembre empezó el diario, y el 30 de septiembre del año siguiente, día en que mantuvo «una solemne abstinencia..., dedicándolo a ejercicios religiosos», lo concluyó; el nuevo 30 de septiembre volvió a guardarlo «con la

misma solemnidad». «Extraña coincidencia de fechas», que el propio Robinson anotará: «El mismo día de *mi nacimiento, 30 de septiembre*, fue el día en que, veintiseis años más tarde, salvé mi

vida milagrosamente cuando fui arrojado a las costas de esta isla, de modo tal que mi vida perversa y mi vida solitaria comenzaron ambas en la misma fecha». El 30 de septiembre.



Terribles epidemias azotaron Europa en la época de Defoe. En la imagen, un detalle de una pintura anónima francesa sobre la peste que afectó Francia en 1720.



Puzzle de 1870 sobre Robinson Crusoe, una obra en el siglo XIX sirvió de inspiración a muchos novelistas que recrearon, reinterpretaron el mito.

La niñez de Daniel Defoe se vio conmovida por dos de las mayores calamidades que ha conocido Londres en su historia. Cinco años tendría Daniel cuando la Gran Peste de 1665 paseó por Londres la confusión y la muerte; sesenta y dos tenía Defoe cuando la describió en su *Diario del año de la peste*: «Si fuera posible ofrecer una descripción fiel de aquellos tiempos a quienes no los han vivido, y dar al lector una idea exacta del horror que imperaba en todas partes, no dejaría de producir una justificada impresión en sus espíritus y de llenarles de pasmo. Bien podría decirse que todo Londres lloraba; cierto que por las calles no se veía ropa de luto, pues nadie, ni aun por sus parientes más próximos, se vestía de negro ni llevaba encima ninguna prenda de las consideradas de luto: pero la voz de dolor se oía por doquier. Los gritos de mujeres y niños en las ventanas y puertas de las casas en donde tal vez sus parientes más próximos estaban agonizando, o acababan de morir, se oían con tanta frecuencia al pasar por las calles, que el oírlos bastaba para destrozarse el más duro corazón. En casi todas las casas se veían lágrimas y se oían lamentos, sobre todo en los primeros tiempos de la epidemia, pues hacia el final los corazones de los hombres estaban tan endurecidos y era tal la costumbre de te-

ner la muerte siempre ante los ojos, que ni siquiera se preocupaban por la pérdida de sus amigos, esperando que a ellos mismos les llegase su hora de un momento a otro».² Al año siguiente, un pavoroso incendio arrasó más de 13.000 casas —las casas de madera que constituían la antigua ciudad medieval—, y las pérdidas estimadas se elevaron a unos diez millones de libras. «El fuego —anotará Defoe de pasada en el mismo *Diario*— consumió todo lo que la peste no pudo destruir.» Dos años después murió su madre.

Ya hemos dicho que los Foe pertenecían a una familia de puritanos desidentes, y que Carlos II tomó represalias, si no aparatosas, sí molestas. Los puritanos, por ejemplo, tenían vedado el acceso a Oxford y Cambridge y a las escuelas dependientes de la Iglesia de Inglaterra. Daniel tuvo que estudiar primero en Dorking (Surrey), fuera de Londres, y luego en una academia regida por el clérigo disidente Charles Morton. Aunque carnicero, la intención de James Foe era hacer de su hijo un gran predicador. Pero a los veintiún años Daniel no pensaba lo mismo, y abandonó la orientación religiosa para dedicarse al comercio: toda una síntesis de la evolución hacia la burguesía que se

estaba operando en Inglaterra. En su calidad de agente comercial (compraventa de las más dispares materias y mercancías), viajó por varios países mediterráneos, entre ellos Francia, España, Portugal e Italia.

En 1684 se casó con Mary Tuffley. Para no salir del círculo y que todo quede en casa, Mary Tuffley era una rica heredera puritana perteneciente a la pequeña burguesía mercantil. Le proporcionó 3.700 libras de dote, y ello lo animó a establecerse como comerciante por cuenta propia. Pero por estas fechas empiezan también sus actividades políticas.

En 1685 la intolerancia casi fanática de Jacobo II ha provocado ya tal malestar, que degenera en reacción armada. El duque de Monmouth, sobrino del Rey, trata de sacar partido del descontento popular y desembarca en el oeste de Inglaterra con intención de deponer a su tío. Defoe, como Abraham, como Sancho, salió de su casa, dejó a su mujer, y se unió a los rebeldes. Pero la tentativa fracasó. Defoe tuvo que volver a Londres a hurtadillas y, ocultándose durante cierto tiempo en uno de los barrios de peor fama de Londres, logró escapar a la

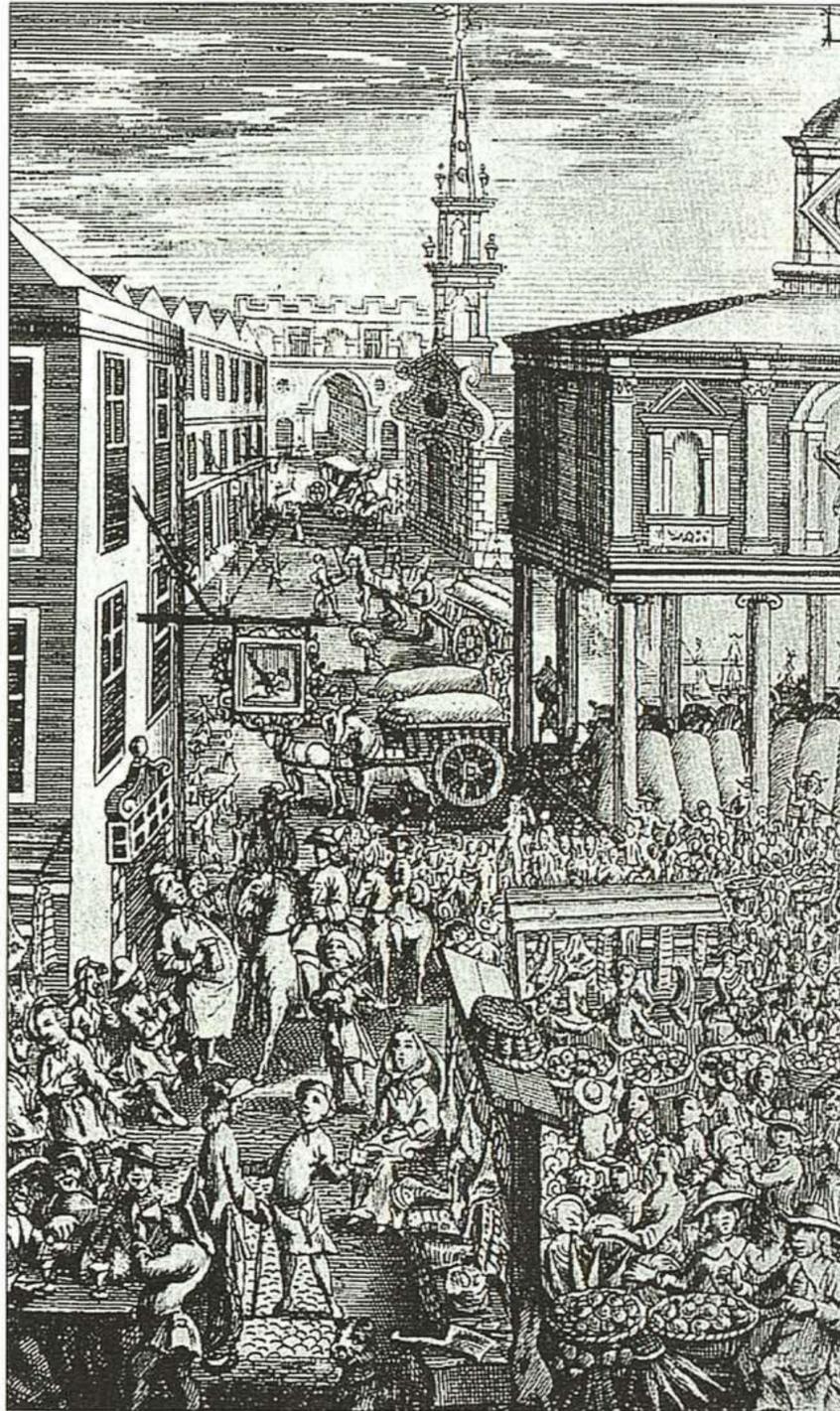


Una imagen (a la izquierda) del Londres de 1666 que sufrió un importante incendio, que algunos creyeron intencionado y atribuyeron a los papistas. Masacre de protestantes en el Ulster en 1641 (a la derecha).



persecución a que se vieron sometidos los llamados «mártires del oeste». Con el triunfo de la «Gloriosa Revolución» y el advenimiento de Guillermo III —a quien Defoe apoyará sin condiciones—, vuelve a los negocios, que se ve obligado a abandonar al declararse en quiebra por la nada despreciable cantidad de 17.000 libras. De nuevo se sume en la «vida oculta», y anda escondiéndose por diversas localidades. Pero un comerciante, como él dice «no pierde la esperanza mientras no le hayan clavado la caja y tenga seis pies de tierra encima». En 1697 tiene ánimos para publicar un *Ensayo sobre proyectos*, verdadero manual de una burguesía iluminada, donde pueden rastrearse proyectos tan utópicos para la época como la emancipación de la mujer, la asistencia a los minusválidos, la construcción de carreteras, la creación de seguros contra incendios y granizadas, una universidad para Londres, una academia de música y otra militar, Cajas de Ahorros y Pensiones de Vejez, reformas de la banca y leyes sobre quiebras, etc. Merced al apoyo de influyentes personajes del partido *whig* logra la aprobación de un proyecto de ley para ayuda de comerciantes arruinados, lo que le permite abrir una fábrica de tejas, tarea que compagina con sus actividades de periodista y polemista.

Porque desde 1689, Defoe viene publicando panfletos, sátiras y poemas —precedentes del moderno artículo periodístico—, unos en defensa de Guillermo III y otros atacando a sus adversarios. Pero en 1702 sube al trono Ana Estuardo, decidida partidaria de los *tories* y de la Iglesia de Inglaterra, y empieza a respirarse una atmósfera de persecución contra los *desidentes*. Defoe escribe entonces una obra maestra de la ironía: *El*



Un mercado de Londres en 1720. Al fondo del grabado puede verse la iglesia de St Thomas y la entrada al puente de Londres.

camino más corto con los desidentes. Ha empleado el mismo procedimiento literario que empleará Swift años después en su *Modesta sugerencia para evitar que los hijos de los pobres sean una carga a sus padres y hacerlos provechosos al público*: la exageración, la caricatura, el disparate, el absurdo, todo expresado con tan fina ironía, con tanta seriedad en apariencia, que mientras unos lo tomaron al pie de la letra, los otros captaron la malicia, y enseguida se publicó una orden de búsqueda y captura

contra el blasfemo autor de aquel «panfleto escandaloso y sedicioso».

«Se busca»

De Cervantes conocemos el autorretrato literario que él mismo puso al frente de sus *Novelas ejemplares*. De Defoe poseemos la descripción que hizo la policía en el *Se busca* callejero: «Hombre delgado, entrado en años, tal vez cuarentón, moreno, cabello castaño pero lleva peluca, nariz ganchuda, mentón agudo, ojos grises, con un gran lunar cerca de la boca, nacido en Londres, durante muchos años intermediario de tejidos en Cornbill, ahora propietario de una fábrica de mantas y colchones en Tilbury, en el condado de Essex». Cincuenta libras se ofrecían de recompensa, y un mes después ya estaba Defoe en la cárcel de Newgate. El libro fue quemado públicamente; el autor, condenado a pagar una fuerte multa, a una hora diaria de picota durante tres días en los lugares más concurridos de Londres y a pudrirse en la cárcel «hasta que plazca a la reina». Peor hubiera sido que le cortaran las orejas —de lo que se libró por tablas—, porque la picota se convirtió en apoteosis: Defoe tuvo humor para escribir en la cárcel un *Himno a la picota*, que el

público se rifó, y, mientras coreaban sus versos, arrojaban flores al condenado, brindando por su salud y por la libertad de palabra. En la cárcel fundó y dirigió uno de los primeros diarios ingleses, *The Review*.³ En la cárcel conoció ambientes y personas cuyos ecos se pueden percibir en algunas de las mejores páginas de *Moll Flanders*. De la cárcel lo sacó el primer ministro Robert Harley.

Harley había sido *whig* y ahora era *tory*: en principio, pues, Defoe no tenía por qué simpatizar con él. Pero algo



Defoe fue siempre partidario de Guillermo III, para el que escribió panfletos, sátiras y poemas, unos en su defensa y otros atacando a sus adversarios.

cambió en uno, en otro, o en los dos, y pronto vemos a Defoe haciendo periodismo en favor de la política de su protector, oficiando de espía contra las actividades antigubernamentales, o en misión secreta en Escocia para averiguar la postura del Parlamento escocés ante la posibilidad de su unión con Inglaterra.⁴ Defoe combina así el periodismo político con el reportaje directo, como es el caso de *La tempestad* (1704), donde, a base de entrevistas, encuestas, cartas e informes diversos, elaboró una crónica decisiva sobre el catastrófico vendaval de finales de 1703.

En 1715 sube al trono Jorge I. Cae el gobierno *tory*. Harley es encarcelado. Defoe otea el panorama. Arrestado y liberado varias veces, sus dotes de hábil periodista y escritor popular le consiguen un puesto al servicio del nuevo gobierno, para contrarrestar la propaganda revolucionaria de los jacobitas (los partidarios de los «Jacobos», esto es, de los Estuardos). Llega a tener la habilidad de escribir a la vez en la prensa del gobierno, y en la de la oposición, en ésta con conocimiento del gobierno para filtrar noticias y quitar hierro sutilmente a los artículos que atacaban la política guber-

namental. La influencia de su pluma contribuyó también a que Harley fuera absuelto.

La novela como experimento

Y es de 1719 a 1724 —ya sesentón— cuando Defoe se decide a experimentar la novela. Y son justamente estas pocas novelas las que lo han hecho pasar holgadamente a las historias de la literatura. De 1719 es *Robinson Crusoe*, esa especie de breviario de la pequeña burguesía puritana. De 1724, *Lady Roxana*. Y en medio y después una infatigable labor literaria que comprende, además del resto de las novelas, una buena cantidad de folletos, ensayos diarios, narraciones de viajes, estudios sobre magia, una *Historia política del Diablo* y hasta un panfleto sobre el modo de evitar robos callejeros. Pero también la gota y la vejez ganan terreno. Había tenido dos hijos y seis hijas. El 26 de abril de 1731 muere oscuramente en una posada londinense, ante la indiferencia de la cultura de su tiempo. Como ha escrito Joyce, «hay algo significativo en su muerte solitaria y extraña en la posada de Moorfields. Él, que inmortalizó al extraño solitario Crusoe y también a tantos otros solitarios perdidos en el gran mar de la miseria social como Crusoe en el mar de las aguas, tal vez sentía, al aproximarse su fin, la nostalgia de la soledad... y quiso morir donde no pudiera llegar mirada alguna».

¿Qué movió a Defoe a escribir una novela a sus sesenta años? ¿Tal vez el recuerdo de Alexander Selkirk, aquel piloto escocés que prefirió quedarse en una isla desierta antes que seguir peleándose con el capitán? Cuatro años y medio estuvo Selkirk en una isla del archipiélago de Juan Fernández, a 700 kilómetros de las costas de Chile, hasta que en 1709 lo recogió el capitán Wooden Rogers durante una parada casual en la isla. Tres relatos se publicaron de su aventura solitaria, el último de ellos en 1713. Pero de eso hacía seis años.

Si el histórico Selkirk estuvo cuatro, Robinson iba a estar veintiocho. No sé si Defoe quiso escribir una novela, o sólo un sermón adobado de naufragios, o quizá sólo un panegírico de lo que un buen burgués de la clase media inglesa



era capaz de hacer con paciencia y sentido común. Es probable que el origen próximo de la obra estuviera en una literatura popular de la época, como eran los libros de viajes y aventuras, las relaciones de descubrimientos o los diarios de a bordo. En cualquier caso, y a pesar de la curiosa insistencia con que en sus prólogos nos advierte que él no escribe novela ni «obras de imaginación», sino que recopila historia «de hechos reales, sin sombra de ficción alguna», edita diarios o publica «recuerdos y observaciones» recogidos de boca de sus protagonistas, lo cierto es que Defoe escribió una novela insólita, cuyo éxito le sorprendió a él mismo, y acaso sobre todo al editor.

Al repasar el conocido argumento de Robinson —el mozo que, a fuerza de desoír los «serios y excelentes consejos» de su padre, «hombre prudente y grave» que quiere encaminarlo por el áureo camino de la *aurea mediocritas*, acaba en una isla desierta, aunque, pese a sus lamentaciones, no tan malparado—, lo primero que choca es el cambio radical y absoluto que el *Robinson* supone para la literatura.



Dibujo satírico (arriba) de Defoe expuesto a la vergüenza en un cepo, experiencia que realmente vivió. Abajo, la reina Ana de Inglaterra en una pintura alegórica.

Philip Sidney había muerto en 1586. Robinson nace en 1632. Sidney, como buen hijo del siglo XVI —un siglo en el que proliferaron las Arcadias, con sus

Galateas, Astreas y Dianas enamoradas y por enamorar—, dejó una *Arcadia*, siguiendo el género iniciado por el italiano Sannazaro, y al que no desdeñó someterse un hombre de teatro como Lope, o un hombre de armas como el francés Honoré d'Urfé. Todas estas novelas pastoriles estaban pobladas de *locus amoenus* ficticios, con «ríos sonoros», pájaros de «harpadas lenguas», árboles frondosos, fresca y verde hierba, etc. Pues he aquí que Robinson va a caer en un *locus amoenus* real, una isla con todos los ingredientes del género, donde hubiera podido, como don Quijote, suspirar y grabar versos en las cortezas de los árboles. Pero ha pasado casi un siglo, y Robinson, hombre práctico, dedicado a cosas «esenciales», no tiene tiempo de deleitarse con todas esas maravillas, ni de declamar himnos al padre sol, ni de admirar la fuerza de la tempestad cuando lo único urgente es guarecerse de ella. Como ha dicho Virginia Woolf, Robinson «no puede permitirse el lujo de extasiarse ante el espectáculo de la naturaleza, cuando un rayo puede volarle el barril de la pólvora». Giro copernicano del espacio narrativo, que ya no

sirve para describir bellezas, sino para mostrar cómo un hombre civilizado puede desenvolverse en él.

Porque Robinson, una vez que se ha hecho cargo de la situación, no se conforma con *sobrevivir*, sino que intenta *vivir* de la forma más confortable posible. Y así, no sólo recoge las cosas indispensables, sino también las que de un modo u otro puedan ser útiles. ¿Por qué sentarse en una piedra, si se puede fabricar un taburete? ¿Por qué comer con el plato en las rodillas, si es posible poner en pie una mesa? Con el mismo criterio explora la isla: no para describirla, sino para someterla. O, hablando sin glosa, para colonizarla. Cuando se compara a Robinson Crusoe con otro compatriota literario suyo, el Ben Gunn de *La isla del tesoro*, se percibe enseguida el abismo que los separa: al lado de Ben Gunn, que parece casi una alimaña y anda encorvado como un simio, Robinson nos parece poco menos que un discreto *dandy*; y, mientras Ben Gunn se ha pasado la vida suspirando por un trozo de queso, Robinson ha conseguido hacerlo y, al parecer, no mal del todo. Está mucho menos derrotado que el español que se identifica como *Christianus*, e infinitamente menos que aquel Pedro Serrano del Inca Garcilaso, que también gritó «¡Soy cristiano!», por miedo a que lo confundieran con una bestia feroz. Robinson es de otra pasta. A los pícaros españoles el hambre les aguzaba el ingenio; a Robinson, aunque él mismo confiesa que la *necesidad* lo volvió ingenioso, el ingenio le viene de su carácter y forma de ser.

En alguna ocasión se lamenta Robinson de no tener con quién departir. Y, sin embargo, no parece que le haya venido mal del todo esa cura de soledad. Siempre me he preguntado si había leído Robinson *La imitación de Cristo y menosprecio del mundo* «por el venerable padre Tomás de Kempis», en cuyo caso no habría podido menos de toparse con una consideración terrible: «Cuantas veces estuve entre los hombres volví menos hombre» (I, 20), la misma amarga conclusión a la que años después habría de llegar el capitán Lemuel Gulliver tras una provechosa e instructiva estancia entre caballos. Curiosamente, Robinson viene a demostrar lo mismo, si bien por

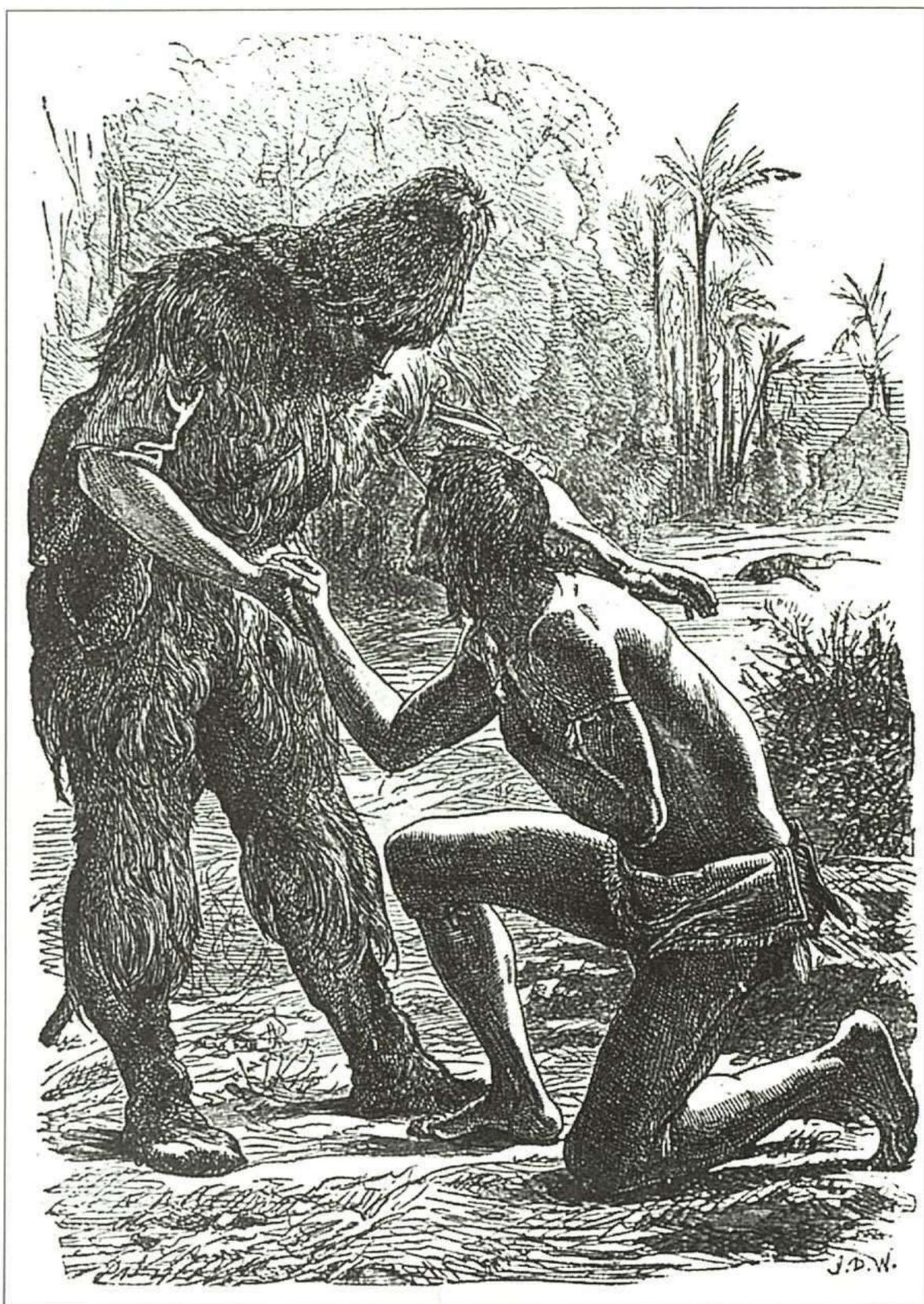


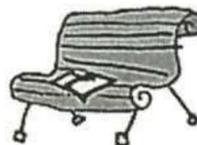
Ilustración de una edición francesa de Robinson Crusoe, del siglo XIX.

vía negativa: a él la soledad lo ha humanizado. Estando solo se ha vuelto más razonable, más tolerante y comprensivo, hasta un poquitín filósofo: cuando descubre a los salvajes, se pregunta quién es él para juzgarlos; cuando su isla se puebla de tantas religiones como hombres, decreta libertad de conciencia, etc. (Bien

es verdad que a todas estas decisiones no es ajena la dosis de prudencia inevitable en un hombre tan *práctico* como él.) Sin embargo, un dato que nunca hay que olvidar es su encontrada reacción ante la certidumbre de no encontrarse solo: mucho tiempo había añorado la compañía de los seres humanos, y, aho-



Edicions del Bullent



EPLAI



16. *Misteri al parc d'atraccions*
Roderic Barrufet

Carla està disposada a arribar fins al final del misteri que ha suposat la mort del seu cosí. Això la durà a mesclar-se entre els treballadors del parc d'atraccions, un munt de gent extraordinària, alguns de molt especials...

Finalista 17è Premi Enric Valor



17. *L'art de Raimon*
Àlan Greus

Per una estranya coincidència, tres joves de viatge de fi de curs a París es veuen embolicats en una emocionant peripècia: la recuperació d'un antic text de Ramon Llull que es creia perdut.

Guanyador 17è Premi Enric Valor

ra que se le venían a la mano, instintivamente los temía. Y no sin causa, como por lo demás demostrarían los hechos. Quizá tendría razón R. Tagore: «Los hombres son crueles, pero el hombre es bueno». Quizá tendría razón Pío Baroja: «Todos los pueblos son brutales; sólo los individuos pueden ser buenos».

Ha nacido una «estrella»

Otra cosa que ha aprendido Robinson es lo relativo de la felicidad como de la desgracia, la ambigüedad o polivalencia de las situaciones. La isla, que en un momento determinado resulta «sinistra», poco después le parecerá «feliz desierto». Estos cambios de valoración y perspectiva lo llevarán a la invención de fórmulas literarias dignas del *Lazarillo*. Cuando leemos: «Era el 6 de noviembre del sexto año de mi reinado, o de mi cautiverio, como gustéis», nos parece estar oyendo a Lázaro de Tormes su «todo el tiempo que con él viví, o por mejor decir, morí». La «Isla de la Desesperación» puede convertirse, pues, en un pequeño paraíso terrenal que «así la suerte adversa es tolerable, / comparada con otra miserable», dicho sea en endecasílabos de Samaniego.

Un paraíso terrenal. Lo mismo le parecía a Rousseau medio siglo después, cosa comprensible en quien había empezado su *Emilio* con este aforismo: «Todo es perfecto cuando sale de las manos de Dios, pero todo degenera en las manos del hombre». Para Rousseau, el primer libro que debería leer su Emilio era el *Robinson*, aunque, eso sí, «comenzándolo por el naufragio de Robinson cerca de su isla y concluyéndolo con la llegada del navío que viene a sacarlo de ella». A Rousseau no le interesan más que las andanzas del solitario. Y es que, al fin y a la postre, ni los salvajes son tan idílicos como quiere Rousseau, ni Robinson es Gulliver. Robinson no mitifica la isla, ni cuestiona la política colonial inglesa, ni ve en Viernes la encarnación de una moral pura digna de ser imitada. «Viernes —ha dicho Elisabeth Frenzel— no es para Robinson un modelo —como tampoco la selva es un lugar de encanto ni la vida en la isla puede significar un estado de fe-

licidad—, aunque con sus sencillas virtudes conquista el reconocimiento de éste, porque el europeo mismo ha aprendido antes a sacudirse el lastre de la civilización.» Aun así Robinson es todo y siempre un representante típico de la burguesía inglesa y un colonizador a escala reducida. «Es el verdadero prototipo del colonizador británico», afirma Joyce, que concluye: «En Crusoe se condensa el espíritu inglés: la independencia viril, la crueldad inconsciente, la constancia, la inteligencia tardía pero eficaz, la apatía sexual, la religiosidad práctica y bien equilibrada, el carácter taciturno y calculador».

Pocas obras como ésta en donde *fondo* y *forma* estén tan perfectamente ajustados. Robinson, que no hace nada inútil, tampoco lo escribe. Sus palabras, como sus actividades, son *esenciales*. (A veces sermonea, pero es que Robinson, además de burgués, es puritano, y Defoe tiene algo de predicador frustrado.⁵ Pero aquí la urgente necesidad de cada día es tan acuciante, que le impide explayarse en perífrasis retóricas, rodeos metafóricos o divagaciones líricas. Por eso la novela nos resulta tan cercana, tan eficaz y, paradójicamente, tan *literaria*. Quizá por eso el *segundo Robinson*, escrito a pocas semanas de distancia, haya perdido fuerza literaria aun en medio de una sucesión continua de aventuras: probablemente porque las pretensiones son mayores. Es en cierto modo un sino de la literatura. Fray Luis de León dejó una espléndida muestra lírica en aquellas «obrecillas» que confesaba habersele caído «como de entre las manos». Cervantes, tan mal crítico de sí mismo, se enteró por terceros de que «de su prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada», y a fe que le dio gran pesadumbre el oírlo. Defoe, cuando intentó sólo hacer una obra más o menos comercial, aprovechando el auge y éxito de los libros de viajes y las nunca olvidadas alegorías del viajante espiritual de Bunyan, escribió una obra maestra; cuando intentó interesarnos con las aventuras marcopolianas de su héroe, nos interesó menos.

El estilo, decíamos, se ajusta a la urgencia de lo que escribe. Dudo que Defoe relejera alguna vez una línea de lo que escribía; Robinson tampoco. Su es-



En la época de Defoe, algunos entraban en el Ejército por la perspectiva de cobrar un sueldo, mientras que otros eran incorporados a la fuerza. Así lo ilustra este cuadro, *Alistamiento en el Ejército*, de C. Lawson.

tilo, apresurado, utilitario, desaliñado, no tiene más que un objeto: notificar. A veces el párrafo se le alarga a puro fluir de pluma, y tiene que recoger la frase primera con los consabidos «digo», «como digo», «como decía», «quiero decir», «me refiero a»... No evita repeticiones, no pierde el tiempo buscando sinónimos si no surgen espontáneamente, no cae en la cuenta de las cacofonías, no oye gemir a la sintaxis. Las cosas que tiene que contar son tantas y tan sustanciales, que la palabra es un mero vehículo y no un potencial portador de belleza. Su estilo es más oral que escrito: cuando uno se tuerce hablando, intenta corregir sobre la marcha, porque borrar no es posible. Lo mismo hace Robinson. Por eso el libro parece tan sólido, tan compacto, tan sin fisuras. La fuerza del

relato está en la actividad incansable de Robinson, y ésta no se pierde en busca de imágenes, sino de cosas. La prosa de Robinson es una más: un instrumento. Pero un instrumento manejado con tal precisión y eficacia, que ha fabricado una historia fascinante.

Gabriel Betteredge, aquel inolvidable mayordomo de *La piedra lunar* y empedernido lector de *Robinson Crusoe*, opinaba que «no ha sido ni podrá ser escrito jamás otro libro como éste». No voy a llevar yo el elogio hasta tal extremo. Tampoco quiero ser más rousseauiano que Rousseau ni pedir que el *Robinson* sea el primer y único libro que se tenga en la biblioteca. Pero sí pediría que no falte. ■

*Emilio Pascual es editor.

Notas

1. *Diario*, de Samuel Pepys (1633-1703), narra los acontecimientos que le ocurrieron desde el 1 de enero de 1660 hasta el 31 de mayo de 1669. Escrito en caracteres cifrados y en una curiosa mezcla de inglés, francés, español, italiano y latín, lo mismo describe sus deberes profesionales y conducta personal, que los chismorreos de la corte, las pequeñas disputas burguesas de sus vecinos y hasta las grandes intrigas políticas y los escándalos de la alta sociedad. Ignorado hasta 1825, en que John Smith lo descifró y publicó parcialmente, no hubo edición completa del *Diario* hasta 1893.
2. De esta obra dijo Walter Scott: «Si no hubiese escrito *Robinson Crusoe*, Defoe hubiera merecido la inmortalidad por el genio que demuestra en su *Diario del año de la peste*».
3. James Joyce ha dicho que Defoe es «el padre de la novela inglesa». Cabría decir que también es un precursor del periodismo moderno.
4. La unión se efectuaría de hecho en 1707.
5. No deja de ser curioso que quien le editara el libro fuese William Taylor, un impresor especializado en libros religiosos y de viajes.